

La reelección de Bush y sus implicancias para Estados Unidos y el mundo

Immanuel Wallerstein*

* *Director del Centro
Fernand Braudel
para el Estudio
de Economías,
Sistemas Históricos
y Civilizaciones
de la Universidad
del Estado de Nueva York
(SUNY), Binghamton.
Investigador titular
en la Universidad de Yale.*

*Traducción: Florencia Enghel
Revisión técnica: Atilio Boron*

George W. Bush ha sido reelecto presidente de los Estados Unidos y ha aumentado, incluso, su margen de apoyo en ambas cámaras del Congreso. ¿Cuáles son entonces las implicancias y consecuencias de ello para Estados Unidos y para el mundo? Todo intento de responder a este interrogante debe comenzar por una evaluación del mandatario. Bush es, por amplio margen, el presidente más conservador y derechista que Estados Unidos haya tenido desde la Gran Depresión. Es también el presidente más agresivamente reaccionario en la historia de este país; y utilizo el término "reaccionario" en el sentido político clásico de esta expresión, en relación a alguien que desea regresar al pasado en términos políticos.

En este sentido, en su primer período como presidente Bush ya ha demostrado que no tiene ninguna intención de hacer concesiones o ser moderado en la prosecución de su programa. Por el contrario, busca utilizar una política de ataque frontal, como una aplanadora, para lograr

sus objetivos, pasando por encima de las fuerzas de oposición e incluso de los miembros más débiles de su propio bando. En relación a ello, luego de su reciente reelección ha manifestado su opinión respecto de que la misma le ha otorgado un importante capital político, y que tiene toda la intención de hacer uso del mismo.

Dentro del Partido Republicano, Bush tiene tres grupos de simpatizantes diferentes: la derecha cristiana, los grandes empresarios y los militaristas. Hoy cada uno de ellos considera como suya la victoria electoral, ejerciendo presión sobre el mandatario en pos de sus intereses particulares. Sin embargo las prioridades de cada uno de estos grupos son muy distintas y ninguno de los tres está dispuesto a otorgar más que un apoyo meramente nominal a las preocupaciones e intereses de los otros dos.

La derecha cristiana está básicamente preocupada por los asuntos internos de los Estados Unidos. En el período reciente ha concentrado su fuego sobre dos cuestiones: el matrimonio gay y el aborto. Respecto de la primera, este sector busca impedir el reconocimiento legal de dicho matrimonio. Para lograr este objetivo de manera definitiva necesita la aprobación de una enmienda constitucional. Por otra parte este grupo desea también ilegalizar el aborto, lo que significa que la Corte Suprema debería anular la decisión conocida como Roe vs. Wade. Para ello se requiere modificar la composición actual de la Corte Suprema designando nuevos jueces de modo tal que sea posible una votación de 5 a 4 a favor de la anulación. En la actualidad, tres de los jueces de la Corte están dispuestos a votar en esa dirección, pero uno de ellos está a punto de jubilarse. Bush, por lo tanto, necesita conseguir la designación de tres nuevos magistrados comprometidos con revertir el fallo Roe vs. Wade.

Pero estas cuestiones son sólo el principio de la agenda de la derecha cristiana. Este sector quiere deshacer por completo el proceso de liberalización de las costumbres que ha sido una de las marcas del siglo XX, no sólo en

“Dentro del Partido Republicano, Bush tiene tres grupos de simpatizantes diferentes: la derecha cristiana, los grandes empresarios y los militaristas”

Estados Unidos sino también en Europa y en gran parte del resto del mundo. De resultar exitoso el presente embate respecto del matrimonio gay y el aborto, estos grupos pondrían a continuación sus esfuerzos en prohibir la contracepción, declarar ilegal el sexo homosexual, limitar o incluso poner fin al divorcio, y algunos de ellos aspiran también a forzar la expulsión de las mujeres de la fuerza de trabajo y, eventualmente, del derecho al sufragio. Por otro lado, otro componente de la agenda impulsada por esta derecha cristiana consiste en hacer retroceder el reloj en lo que respecta al racismo y reinstituír a Estados Unidos como un país social y políticamente dominado por los protestantes blancos. Para ello tratarían de poner fin a todas las formas de acción afirmativa, y a partir de allí seguirían con iniciativas similares respecto a la inmigración y quizás con los derechos relativos al sufragio. Como puede apreciarse, la aplicación de este programa significaría dismantelar la totalidad de la evolución social conquistada en Estados Unidos desde comienzos del siglo XX.

Estos objetivos expresan, por supuesto, las intenciones de los grupos más extremos de la derecha cristiana. Pero debiera tomarse nota de que, por el momento, son justamente estos grupos quienes controlan la mayoría de las estructuras políticas del sector y juegan además un papel muy importante en el Partido Republicano. Su estrategia política consiste en consolidar la presencia de jueces y cortes de justicia afines a este proyecto, lo que permitiría a las legislaturas de los estados adoptar estas decisiones. Para ello se requiere nombrar como jueces a personas lo suficientemente jóvenes como para garantizar la institucionalización de dichas decisiones, y luego incidir en la elección de las legislaturas.

¿Es posible que estos sectores puedan alcanzar sus objetivos? La derecha cristiana ciertamente está en mejor posición que nunca antes para lograr que jueces comprometidos con dichas posiciones sean designados. Incluso podría ser posible que tuvieran la capacidad de obtener una enmienda constitucional, aunque esto requiere dos tercios de los votos del Senado más la confirmación de las tres cuartas partes de los estados. No será fácil, pero de ningún modo es imposible, especialmente si Bush respalda el esfuerzo con todo su poder.

No es necesario decir que tales iniciativas serán combatidas políticamente y habrán de incomodar a la aún importante minoría de los denominados republicanos moderados. Bush apoyará a la derecha cristiana siempre y cuando ello no amenace lo que quiere hacer en el frente económico, que es el más importante para él, a nivel personal y, por supuesto, para sus simpatizantes en las grandes empresas. ¿Qué quieren entonces los conservadores económicos? También quieren volver hacia el pasado, pero particularmente en términos de impuestos, regulaciones medioambientales, procesos judiciales en su contra y costos en salud. En lo que respecta a los impuestos su programa es simple: consiste en desplazar el peso de los mismos desde los ricos a los no ricos. En el

Ciertamente, para lo primero, las grandes empresas confían en que las transformadas cortes de justicia no los detengan. Similar confianza impulsa también sus esfuerzos para constreñir los denominados litigios de acción de clase o colectivos (*class action suits*) mediante los cuales las grandes empresas deben rendir cuentas por sus delitos ante una amplia categoría de afectados. En relación a ello Bush intentará seguramente promulgar una “reforma de agravios” orientada a limitar los montos punitivos financieros que las cortes puedan imponer a las empresas. Y finalmente, por supuesto, el presidente está empeñado en no hacer nada que impida a las compañías farmacéuticas sostener sus indecentes niveles de ganancias, aun cuando intenta promulgar las denominadas reformas del seguro médico (*Medicare*) que de hecho reducirían las ganancias reales.

Esta agenda de las “grandes empresas” seguramente será también confrontada en el terreno político. En este caso la mayor restricción sobre la administración Bush provendrá menos de los demócratas que de la más sofisticada fracción de los capitalistas, preocupada en estos días por un posible colapso del dólar y por una monstruosa deuda gubernamental que crece a pasos agigantados, procesos que podrían resultar en un verdadero desastre para el mercado de acciones. Algunos de estos sectores están ya empezando a decir que si estas iniciativas son aprobadas, el gobierno de Estados Unidos debería proceder a recortar sus gastos. Pero el único lugar en el que podría hacerse un recorte presupuestario considerable en el corto plazo es justamente sobre el presupuesto militar, lo que nos lleva al tercer grupo de simpatizantes de Bush: los militaristas (incluyendo a los neo-conservadores).

Los militaristas quieren volver a los días, por cierto que más recientes, en los que Estados Unidos era la potencia hegemónica indiscutida a nivel mundial, cuando podía dictar lo que debería ocurrir en todas partes, o en casi todos los lugares del mundo. Este grupo ocupó el primer lugar en la primera administración Bush, y la pregunta es si podrán mantener tal posición en este segundo mandato. La Guerra de Irak, está claro, no ha seguido el curso que los militaristas y los neo-conservadores habían deseado y predicho. Por el contrario, la prosecución de la misma se está topando con crecientes dificultades internas, no solamente resultado del movimiento opositor a la guerra, sino también de las críticas promovidas por fuerzas conservadoras y de centro que lamentan la locura y cuestionan el costo económico de la invasión. En relación a ello resulta claro que las Fuerzas Armadas, si bien siempre felices de contar con más fondos para su equipamiento, se muestran irritadas también frente a la posibilidad de quedar atrapadas nuevamente en un conflicto militar que no tienen certeza de poder ganar, y temen por la reacción negativa que podría causar una retirada de Irak. En ese sentido es necesario considerar que los actuales altos mandos de estas fuerzas eran oficiales subalternos al momento de Vietnam, y no pueden dejar de recordar esa experiencia.



pictures © 2004 ::neonyme.photo [neo@null.net]

Por otra parte, los militaristas civiles parecen querer escapar hacia adelante: invadir Irán, invadir Cuba. Esta es sin embargo la arena en la que la agenda de Bush tiene menores probabilidades de tener éxito, o incluso de intentar alguna acción. Además de incrementar la hostilidad a nivel mundial hacia Estados Unidos, que es percibido cada vez más como un “estado villano” (el día después de las elecciones en Estados Unidos, Hungría decidió anunciar la retirada de sus tropas de Irak), la desaceleración de esta lógica militarista que hoy promueven los más altos rangos militares habrá de encontrar un apoyo considerable en el sector de la gran empresa, preocupado por el continuo y creciente drenaje financiero que provoca la guerra, al punto que amenaza la posibilidad de avanzar en los cambios económicos ambicionados por estos sectores.

En definitiva, lo que podemos esperar de Bush para este segundo mandato es que intente avanzar a máxima velocidad hacia adelante. Claro que ello podría significar, por otra parte, el riesgo de que tropiece con crecientes divisiones en su propio campo, así como con una oposición cada vez mayor en la arena mundial que eventualmente termine forzando una retirada de Irak. Este proceso podría dejar como resultado tanto un muy fuerte movimiento de oposición a la guerra en Estados Unidos –que podría revitalizar a la izquierda– como un significativo resurgimiento de las posiciones aislacionistas que históricamente han tenido arraigo tanto en la izquierda como en la derecha. Por otro lado, si en el largo plazo la agenda de Bush se enfrenta con pobres perspectivas en el sistema-mundo, por el momento tiene bastante buenas posibilidades al interior de los Estados Unidos. Podríamos de hecho llegar a tener un sistema judicial que obligue a un importante retroceso en la vida social. De suceder eso, la polarización de la vida política –de la que todos están hablando actualmente en este país– podría escalar hasta alcanzar serios niveles internos de conflicto. Así, Estados Unidos aparece como el gran perdedor de las elecciones de 2004; tal vez el mundo pueda, en cambio, ganar algo.